

En los últimos años las democracias europeas están sufriendo importantes debilidades en sus pilares fundamentales. Su faceta representativa se encuentra gravemente deteriorada por el hecho de que las decisiones estén cada vez más determinadas por las demandas que presentan grupos que defienden intereses sectoriales. Si la democracia nació de una concepción individualista de la sociedad, en los estados democráticos, los individuos han perdido opciones como actores participativos a favor de los grupos organizados.

Existe otro ámbito que parece encontrarse en una situación difícil en la actualidad y que tiene que ver con la legitimidad y la efectividad del sistema político. Según los análisis del Centro para el Futuro de la Democracia de la Universidad de Cambridge (2022), **España es uno de los países del mundo en los que los ciudadanos han experimentado una mayor caída en su satisfacción con la democracia** durante la pandemia del Covid 19. El estudio también afirma que España destaca por el incremento del apoyo a Gobiernos dirigidos por un líder fuerte que no tenga que preocuparse por elecciones o Parlamentos, un aspecto que nos hace reflexionar sobre el deterioro de la legitimidad difusa del sistema.

La desafección política, entendida como sentimiento negativo hacia los políticos, la política y sus procesos, y hacia un sistema incapaz de hacer frente a las demandas y necesidades de los ciudadanos, presenta un empeoramiento en sus indicadores de desafección institucional. Mientras los ciudadanos confían cada vez más en sus capacidades para intervenir y cambiar la política, aumentando su interés por la misma, la confianza en los políticos y su percepción de que los políticos se preocupan y toman en cuenta las necesidades de los ciudadanos –eficacia política externa– no hace más que empeorar. Los datos de la Encuesta Social Europea (ESS) más recientes para España indican que cerca de un tercio de la población cree que el sistema político no permite que la gente tenga influencia en política, ni que la gente tenga capacidad de decir algo en lo que el gobierno hace (61,2% y 64,2% se muestran muy y bastante de acuerdo con estas afirmaciones, véase ESS-9). Por su parte, la confianza en distintas instituciones políticas continúa agravándose. La confianza en la política y los partidos políticos se sitúa en 3,6 puntos, mientras que la confianza en el parlamento español y europeo se sitúan en 4,5 puntos. Ambas claramente por debajo del cinco. Estos datos, salvo para el parlamento europeo –que mejora una décima–, son incluso peores que en la edición anterior de 2016 (ESS-8), consolidándose una tendencia negativa y, en términos deafección democrática, preocupantes.

La política parece ser incapaz de resolver los problemas de la ciudadanía, convirtiéndose, a menudo, en una fuente de conflictos sociales que polarizan no sólo el debate político sino también a la ciudadanía.

En este difícil contexto democrático, creciente y repetidamente se aboga por una renovación, o profundización democrática, que acabe con el malestar del que somos testigos desde hace unos años en las instituciones fundamentales de la democracia. En concreto, la desafección ciudadana con los partidos políticos y las instituciones públicas ha llevado a muchos autores a plantear que la revitalización de la democracia pasa por la creación de nuevos espacios donde sea efectiva la participación de los ciudadanos en los asuntos públicos.